Unamuno, su nostalgia y esperanza sobre España y su mirada a las distintas formas de creación. Este apartado (pp. 623-691) podría ser un libro en sí mismo o una propuesta de guion para una película de Álex de la Iglesia.

Abisal es un libro exigente y deleitoso por muchas razones. En primer lugar, por su lenguaje —erudito, culto y barroco— y por su extensión, que supone un reto para los que, como el mismo autor critica, estamos poseídos por el demonio de la prisa. También por su modo de enlazar las ideas, en el que la sugerencia poética prima sobre el tradicional estilo académico, y en el que el peso de los autores románticos lleva a cargar las tintas en lo sentimental, especialmente en las referencias al arte y a la religión, en las que queda olvidada su importante parte cognoscitiva y comunitaria. Asimismo, el autor se regodea en ocasiones en el ambiente gótico, tenebroso y putrefacto, que si bien es parte de lo humano, puede acabar haciendo sucumbir a quien se deja llevar por su abismo, como bien mostró Darth Vader. No obstante, resultan muy sugerentes las virtualmente infinitas referencias a escritores, filósofos, pintores, cineastas y compositores —en las que, dicho sea de paso, solo caben cuatro autoras: Mary Shelley, Emily Brönte, Angelica Liddell y Elisabeth Roudinesco—, que sirven al lector para preguntarse qué y quiénes le han influido a él para ver el mundo como lo ve, para sentir el mundo como lo siente, para vivir el mundo como lo vive.

Raquel Cascales Tornel. Universidad de Navarra
rcascales@unav.es

Fuster Camp, Ignasi
Persona y bien, Balmes, Barcelona, 2021, 411 pp.

Este trabajo versa sobre ética. Se divide en tres "libros" de extensión dispar, más el prólogo y la bibliografía. El primero, *Fundamentos antropológicos del bien moral*, y el segundo, *El despliegue de los anhelos humanos y el bien moral*, son mucho más extensos que el tercero, *Redención de los anhelos humanos*. La primera parte puede considerarse

una "ética general"; la segunda, una "ética particular". Si la ética integra las diversas dimensiones humanas, el que se conforme este trabajo hoy, en "el tiempo del fragmento, la perspectiva y la confrontación" (p. 13), es meritorio.

La clave de la obra es la fundamentación antropológica de la ética, porque esta es segunda respecto de la antropología: "la persona es la fuente de la moralidad" (p. 28); y también su fin: "la persona es el origen y el destino de todo obrar moral" (p. 31); por eso "la ética se comprende como manifestación de la persona" (p. 87) y "la verdadera luz del sistema ético humano es la condición radical de ser persona" (p. 33). El autor distingue realmente entre "persona" y "esencia-naturaleza" humanas, y sigue el adagio medieval "*operari sequitur esse*". Con todo, aunque la deuda de este planteamiento es tomista, el perfil del trabajo es pascaliano, pues busca, para dotarle de sentido, el retorno de la acción humana a su origen, a la persona.

El autor encuadra acertadamente la ética en la "esencia" del hombre y afirma que su venero es el "acto de ser" personal. Pero a esto agrega que mientras el bien y el mal son de la esencia, el ser personal es en exclusiva bueno ("el mal no se sitúa en el orden simple y actual de la persona, sino en el ámbito compuesto y potencial de la esencia […] el desgarro del mal afecta a la esencia y no al ser […]. El misterio de la persona es intangible. La onda privativa del mal no alcanza al núcleo personal", p. 154), tesis que no es correcta, porque si la esencia es manifestación, su bien o mal revelan que la persona humana crece o decrece (hasta el punto —como decía L. Polo— de dejar de ser persona *post mortem* y no resaltar sobre el "yo" o ápice de la esencia del hombre). La visión fijista de la persona depende de creer que todos nuestros actos son como el del pensar que objetiva, o sea, el que presenta siempre del mismo modo un objeto pensado, pues tal acto y tal objeto son fijos, detenidos. El autor predica el crecimiento, el "anhelo", el *además*, libertad, de la esencia humana, no del ser personal, y declara que "la esencia anhela el ser" (p. 55). Ahora bien, si la distinción *essentia-actus essendi* es real y, por tanto, jerárquica, tal anhelo sería pretensión de identidad, lo cual es imposible para la

criatura porque la identidad es exclusivamente divina. Y es que las potencias inmateriales de la esencia del hombre (razón y voluntad) no miran al ser personal (tampoco a sí mismas) sino a lo inferior: al mundo. A la par, la raíz activa de tales potencias —un hábito innato— también mira a lo inferior (no a sí o a lo superior): a la naturaleza corpórea humana y a dichas potencias inmateriales.

El autor distingue realmente entre el "origen" de la moral, la persona, el "centro", el corazón que anhela y es sede de afectos, y el "sujeto" configurador de la acción, la libertad. ¿Ventajas de este planteamiento? Sostener que la persona es de orden "trascendental" (acto de ser). ¿Desventajas? Una: reducir la libertad al orden categorial: libre albedrío clásico ("la libertad es hija de la persona", p. 90). Sin embargo, si la persona no fuera constitutivamente libertad, no podría tener "hija" libre alguna. Además, como luego hace depender el mal de la libertad, si esta la predica de la esencia, dirá que el mal no puede afectar al acto de ser personal. Pero la libertad es la energía del espíritu, del acto de ser personal, por lo que el origen de todo mal está en ella, en la intimidad personal. Otra desventaja: encuadrar los afectos en la esencia del hombre, pues los hay superiores: los del espíritu (obviamente, también inferiores: las pasiones sensibles).

Por otra parte, vincula la "conciencia" a la sindéresis, hábito noético innato tan relevante como prácticamente olvidado desde el s. XIII, olvido que hace a las éticas modernas tan racionalistas, voluntaristas o hedonistas. Afirma asimismo que si bien "la persona es el origen y el destino de la esencia […] la persona se anhela a sí misma, pues el ser ama su propio ser" (p. 115). Sin embargo, —pese a lo que menta la sentencia kantiana— ninguna persona es "fin en sí", precisamente porque es entera apertura a otras personas: las creadas, a las divinas, y éstas entre sí. En suma, es claro que "el reto fundamental de la ética de todos los tiempos es una radicalización personal del sistema ético, más allá de la ley y las virtudes" (p. 118), pero a eso hay que añadir que el suelo en el que arraiga la raíz personal humana es divino, "es relacionarse con lo eterno" (p. 123); de lo contrario se seca y muere como persona creada.

La clave del ser personal es el amor, por lo que, siguiendo a Wojtyla, el autor indica que "el amor es la única actitud adecuada

ante la persona" (p. 130). Pero no porque la persona sea "fin es sí", ya que las categorías de "medio" y "fin" son éticas, no antropológicas; por tanto, no describen a la persona. Ampliando su planteamiento cabe decir que si "la moralidad es una relación de la acción concreta con el misterio de la persona" (p. 132), cada persona es una relación nueva, irrepetible, con el misterio pluripersonal divino. Tal relación es de amor. Si la ética —según dice— es anhelo de la persona, "la ética es una erótica" (p. 136 ss.). Entonces, ¿la persona es fin? ("figura circular de la persona", p. 141). Es claro que la persona no se queda en sí, porque su amar apunta al ser personal que acepte irrestrictamente su amor.

En cuanto a la 'ética especial', la divide en cuatro partes según la temática a que van dirigidos los cuatro anhelos humanos: "la ética que versa sobre el anhelo de uno mismo (erótica del amor del yo); la ética que versa sobre el anhelo de las cosas (erótica del amor al mundo); la ética que versa sobre el anhelo del otro (erótica del amor al tú); la ética que versa sobre el anhelo de infinito (erótica del amor a lo sublime)" (p. 148). Por lo que se refiere a la última parte, a la redención de la culpa (pp. 379 ss.), el único remedio curativo es el ser divino, pues la iniciativa del arrepentimiento, del consecuente dolor y, sobre todo, de la renovación personal, es divina.

En fin, el lector está ante un libro sugerente, de redacción sencilla y atrayente, que no sigue patrones éticos establecidos, que es jugoso y vivo, y que, salvo los puntos de revisión aludidos, aborda los temas que más inspiran.

Juan Fernando Sellés. Universidad de Navarra
jfselles@unav.es

García-Huidobro, Joaquín
El anillo de Giges. Una introducción a la tradición central de la ética, Editorial NUN, Ciudad de México, 2021, 303 pp.

El libro presenta una reflexión sobre el bien humano en continuidad con la Tradición Central de Occidente cuyas figuras